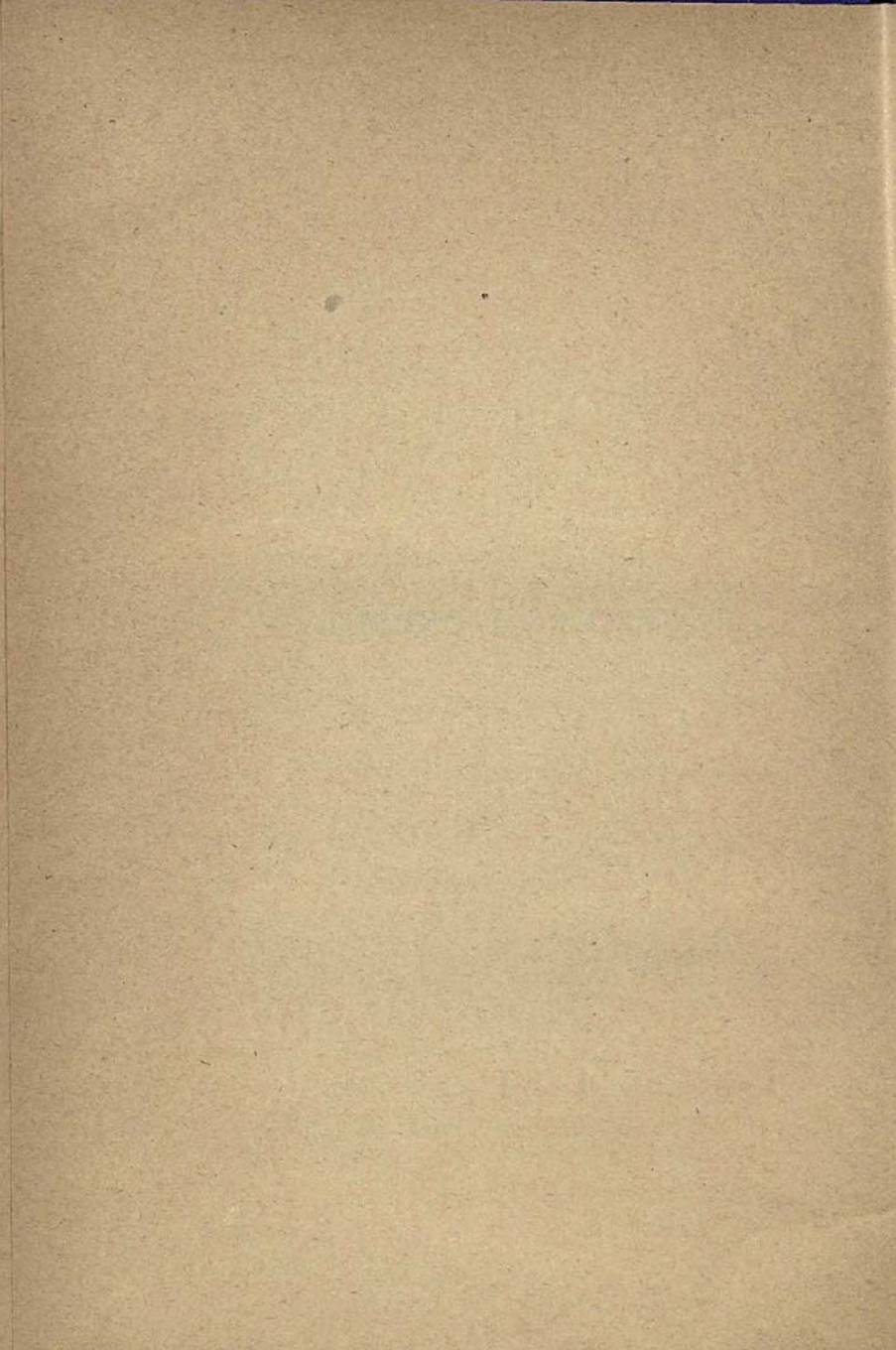


TROILO Y CRÉSIDA.



PERSONAJES.

PRÍAMO, rey de Troya.

HÉCTOR,

TROILO,

PARIS,

DEÍFOBO,

HELENO,

} sus hijos.

MARGABELÓN, hijo bastardo de Príamo.

ENEAS,

ANTENOR,

} jefes troyanos.

CALCAS, sacerdote troyano, tráfuga á los Griegos.

PÁNDARO, tío de Crésida.

AGAMENÓN, general de los Griegos.

MENELAO, su hermano.

AQUILES,

AYAX,

ULISES,

NÉSTOR,

DIÓMEDES,

PATROCLO,

} jefes griegos.

TERSITES, Griego deforme y maldiciente.

ALEJANDRO, sirviente de Crésida.

SIRVIENTE DE TROILO.

SIRVIENTE DE PARIS.

SIRVIENTE DE DIÓMEDES.

HELENA, mujer de Menelao.

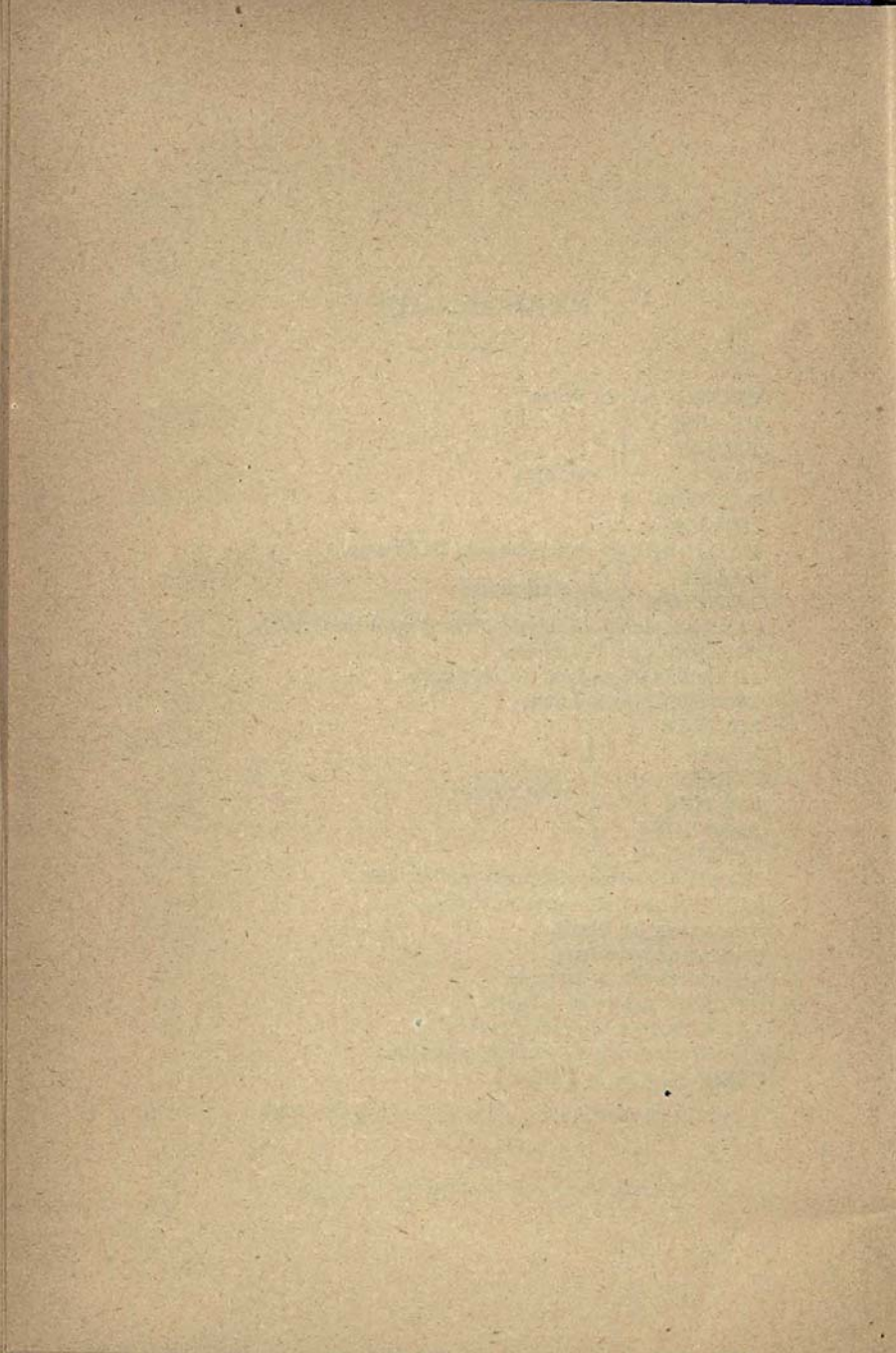
ANDRÓMACA, mujer de Héctor.

CASANDRA, hija de Príamo, profetisa.

CRÉSIDA, hija de Calcas.

Soldados troyanos y griegos y acompañamiento.

Escena: Troya y el campamento griego.



PRÓLOGO.

La escena en Troya es. Desde sus islas,
Cargados de secuaces é instrumentos
De cruda guerra, á Atenas sus navíos
Los orgullosos principes de Grecia,
La noble sangre sulfurada, envían.
Sesenta y nueve que coronas ciñen
Con rumbo á Frigia de la rada parten,
Y voto han hecho de asolar á Troya,
Dentro de cuyos muros duerme Helena,
De Menelao esposa seducida,
Entre los brazos del lascivo Paris.
Y aquí la causa ved de la disputa.
A Ténedos llegaron,
Y vomitan las naves atestadas
Su cargamento bélico. Las huestes
De los Griegos, ilesas y flamantes,
Sus ricas tiendas de campaña fijan
De Dardania en los llanos. Las seis puertas
Que la ciudad de Priamo circundan,
La Antenorica, la Dárdana, la Timbria,
La Iliaca, la Escea y la Troyana,
Con macizas armellas y cerrojos,

Que adecuados ajustan, á los lijos
Allí de Troya encierran.
Ahora, el genio vivaz acariciando
De unos y otros, del Troyano y Griego,
La esperanza, al azar todo se fia.
Y yo, Prólogo, en armas he venido,
Pero ni pluma de escritor me manda
Ni palabra de actor. Vengo en la forma
Que cuadra á nuestro asunto, á revelaros,
Nobles espectadores, que el principio
Y los preliminares de esta lucha
Abandonando, nuestro drama empieza
En su mitad; y, desde allí, la trama
Se desarrolla cual permite un drama.
Censurad ó aplaudid. Ó atina ó yerra.
Libres obrad. Son lances de la guerra.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Troya. Ante el palacio de Priamo.

Entran TROILO y PÁNDARO.

TROILO. Que venga aquí mi siervo. Desarmarme
Quiero otra vez. Si tan terribles luchas
Dentro de Troya misma se promueven,
¿A qué fin guerrear en extramuros?
El Troyano que dentro de su pecho
Aun tenga corazón, que al campo corra;
Le falta el suyo ¡oh desventura! á Troilo.

PÁND. ¿Componer este asunto no es posible?

TROILO. Fuertes los Griegos son, cual fuertes diestros,
Cual diestros duros, y cual duros bravos.
Lágrima de mujer es mi flaqueza;
Soy manso como el sueño; más sencillo
Que la ignorancia soy; menos valiente
Que de noche doncella, y menos hábil
Que la infancia sin práctica ninguna.

PÁND.—Vamos. Bastante te he dicho acerca del particular. Por mi parte no me mezclo más en ello. Quien quiere torta de trigo tiene que esperar la molienda.

TROILO.—¿No he esperado yo?

PÁND.—La molienda sí, pero hay que esperar el cernido.

TROILO.—¿No he esperado yo?

PÁND.—El cernido sí, pero hay que esperar la levadura.

TROILO.—¿Pero no he esperado yo?

PÁND.—Hasta la levadura sí, pero en la palabra «porvenir» falta aún el amasijo, confeccionar la torta y cocerla al horno. Más aún, Tienes que esperar á que se enfríe ó te quemarás los labios.

TROILO. La paciencia, por más que es una Diosa,
Menos que yo se pliega al sufrimiento.
Asentado de Príamo á la mesa,
Al presentarse al pensamiento mío
Crésida hermosa..... mas, traidor, ¿qué dices?
«Al presentarse». ¿Cuándo de él se aparta?

PÁND.—Vaya. Anoche me pareció más hermosa que nunca, y más hermosa que todas las mujeres.

TROILO. Te iba á decir. Cuando un suspiro entonces
Me parte en dos el corazón cual cuña,
A fin de que ni Héctor ni mi padre
A sorprenderme lleguen, cual alumbrá
A una borrasca el sol, de una sonrisa
En la fosa sepulto mi suspiro.
Pero el dolor que cual placer se ostenta
Se asemeja á esa dicha que convierte
En honda pena rápida la suerte.

PÁND.—Si su cabello no fuera algo más obscuro que el de Helena, vamos, no cabría comparación entre las dos mujeres; pero, por mi parte, como es parienta mía, no quisiera, como si dijéramos, celebrarla. Sin embargo, ¡ojalá que alguno la hubiera oído hablar, como yo ayer!

No quiero despreciar el talento de tu hermana Casandra, pero.....

TROILO. Oye, oh Pándaro. Pándaro, al decirte
 Que allí mis esperanzas se han ahogado,
 No me preguntes tú que en cuántas brazas
 Sumergidas están. Me he vuelto loco
 Por el amor de Crésida, te digo.
 Que es bella exclamas, y en la llaga abierta
 Del corazón, sus ojos, sus cabellos,
 Su mejilla, su voz, su garbo viertes,
 Y á tu discurso agregas:—¡Oh! su mano,
 Ante la cual blanco cualquiera es tinta
 Que su deshonra escribe: tan süave,
 Que aun al plumón del cisne sobrepuja
 Y á la esencia del tacto; que, ante ella,
 Es cual callosa mano de labriego.—
 Eso me dices, y verdad me dices;
 Pero en vez de uncionar esas palabras
 Cual bálsamo y cual óleo cada herida
 Que el amor me causó, pones en ellas
 Nuevamente el puñal que las produjo.

PÁND.—No digo más que la verdad.

TROILO.—No la dices toda entera.

PÁND.—A fe que no he de mezclarme en el asunto.
 Sea lo que sea. Si fuere hermosa, mejor para ella. Si no
 lo fuere, en su mano está el remedio.

TROILO.—Excelente Pándaro. Vamos, Pándaro.

PÁND.—Disgustos he sacado de mi trabajo. Mal visto
 por ella, mal visto por ti. De acá para allá, entre vos-
 otros, y mis afanes muy poco agradecidos.

TROILO.—¡Cómo! ¿Estás enojado, Pándaro? ¡Cómo!
 ¿Connmigo?

PÁND.—Porque es parienta mía, no es tan hermosa

como Helena; y si no fuera parienta mía, tan hermosa como Helena es los domingos sería ella los viernes. Pero ¿qué me importa á mí? Nada me importa, ni que sea negra. Lo mismo me da.

TROILO.—¿Pero no digo yo que es hermosa?

PÁND.—Nada me importa que lo digas ó no. Se condujo neciamente en no irse con su padre. Váyase con los Griegos; y así se lo diré la primera vez que la vea. Por mi parte, no me entrometo más en este asunto.

TROILO.—¡Pándaro!.....

PÁND.—Que no.

TROILO.—¡Querido Pándaro!

PÁND.—Hazme el favor de no hablarme más acerca del particular. Lo dejaré todo como lo hallé, y se acabó.

(Vase Pándaro. Suenan trompetas.)

TROILO. Cesa, torpe clamor, brutal rüido,
 Cesa. Tan necios sois unos cual otros.
 Sin duda debe ser preciosa Helena
 Cuando así la adornáis con vuestra sangre.
 Sobre disputa tal luchar no puedo.
 Es harto baladí para mi espada.
 Pero Pándaro..... ¡Oh Dioses! ¡qué tortura!
 Para llegar á Crésida no es dable
 Llegar sino por Pándaro, que duro
 Es de inclinar á que por mí la incline,
 Como ella es terca y casta á mi cortejo.
 Apolo, dime, por tu amor á Dafne,
 Lo que es Crésida y Pándaro y yo mismo.
 La India es su lecho, y, perla, allí reposa;
 Y lo que existe desde Ilión á ella
 Es para mí la mar vaga y bravía,

Yo el mercader, y Pándaro el piloto,
Es mi esperanza, mi convoy, mi nave.

(Suenan trompetas.)

Entra ENEAS.

ENEAS. Príncipe Troilo, ¿cómo no en el campo?

TROILO. Porque no. De mujer es la respuesta,
Cual de mujer también allí no hallarme.
Del campo, Eneas, ¿qué noticias corren?

ENEAS. Que Paris lastimado vuelve á casa.

TROILO. ¿Quién lo hirió, Eneas?

ENEAS. Troilo, Menelao.

TROILO. Dejad á Paris derramar su sangre;
De seguro que poca cosa ha sido:
De Menelao un cuerno le habrá herido.

(Se oyen trompetas.)

ENEAS. Oye. Fuera de puertas hay jaleo.

TROILO. Quedara en casa yo si «lo deseo»
A «puedo» equivaliera. Pero, vamos;
Es fuerza que al jaleo nos unamos.
¿Vienes?

ENEAS. Con prisa allí me dirigía.

TROILO. Iremos, pues, los dos en compañía.

ESCENA II.

Troya. Una calle.

Entran CRÉSIDA y ALEJANDRO.

CRÉS. ¿Quiénes eran aquellas que pasaron?

ALEJ. Eran la reina Hécuba y Helena.

CRÉS. ¿Adónde van?

ALEJ. Al torreón de Oriente,
Cuya altura domina todo el valle,
A contemplar la lucha. Destemplado
Héctor hoy se encontraba; y la paciencia,
En él estable, cual virtud existe.
A Andrómaca increpó, y á su escudero
Dió un golpe; y, cual si fuese algún negocio
La guerra, armóse á la ligera y fuése,
Antes que el sol se levantara, al campo,
Cuyas flores proféticas lloraban
Lo que en la furia de Héctor presentían.

CRÉS. ¿Cuál es la causa de su enojo?

ALEJ. Es ésta,
Según dicen. Se encuentra entre los Griegos
Guerrero noble de troyana sangre,
Sobrino de Héctor, y que Ajax se nombra.

CRÉS. Corriente; ¿y qué hay con él?

ALEJ. Pues bien; se dice
Que es un hombre *per se*; que se mantiene
Firme en su puesto.

CRÉS.—Como todos; á menos que no estén bebidos,
enfermos ó sin piernas.

ALEJ.—Este hombre, señora, se ha apoderado de las
especiales cualidades de distintas fieras. Es tan valiente
como el león, tan áspero como el oso y tan pausado como
el elefante. Es hombre en quien la naturaleza ha aglo-
merado caprichos de tal modo, que su bravura apunta
en demencia, y su demencia estáazonada de discreción.
De cuantas virtudes tienen los hombres, tiene él un
asomo, y de cuantos defectos los acompañan tiene algún
indicio. Se entristece sin causa y se alegra á contrapelo.
Tiene apéndices para todo, pero tan desconcertados, que

parece un Briareo gotoso y un Argos ciego, todo ojos, pero sin vista.

CRÉS.—Pero ¿cómo este hombre, que á mí me hace reir, enfurece á Héctor?

ALEJ.—Se dice que ayer, encontrándose con Héctor en el campo de batalla, lo derribó. El despecho y la vergüenza han obligado á Héctor á ayunar y velar desde entonces.

CRÉS.—¿Quién se acerca?

ALEJ.—Señora, vuestro tío Pándaro.

Entra PÁNDARO.

CRÉS.—Héctor es un valiente.

ALEJ.—Como el que más, señora.

PÁND.—¿Qué es eso? ¿qué es eso?

CRÉS.—Buenos días, tío Pándaro.

PÁND.—Buenos días, sobrina Crésida. ¿De qué habláis? Buenos días, Alejandro. ¿Cómo estás, sobrina? ¿Cuándo estuviste en Ilión?

CRÉS.—Esta mañana, tío.

PÁND.—¿De qué hablabais cuando llegué? ¿Se hallaba armado ya Héctor, y se había ido antes que vinieras de Ilión? ¿Se había ya levantado Helena?

CRÉS.—Héctor se había ya ido; pero Helena aun no se había levantado.

PÁND.—¡Vaya, vaya. Madruga Héctor!

CRÉS.—De eso hablábamos, y de su mal humor.

PÁND.—¿Está de mal humor?

CRÉS.—Así dice éste.

PÁND.—Es verdad que sí, y también sé la causa. Hoy va á pegar de firme, yo os lo aseguro, y ahí está Troilo,

que no le irá en zaga. Que se guarden de Troilo, esto también les digo.

CRÉS.—¿También está él de mal humor?

PÁND.—¿Quién, Troilo? Troilo es el mejor de los dos.

CRÉS.—¡Válgame Júpiter! No cabe comparación.

PÁND.—¿Cómo! ¿Entre Troilo y Héctor? ¿Conoces tú á un hombre si lo ves?

CRÉS.—Sí, si lo he visto antes y lo conozco.

PÁND.—Pues bien; yo digo que Troilo es Troilo.

CRÉS.—Pues entonces dices lo que yo. Porque yo estoy segura de que no es Héctor.

PÁND.—No. Ni Héctor es Troilo.... hasta cierto punto.

CRÉS.—Puede decirse con razón que cada uno es su propia persona.

PÁND.—¡Su propia persona! ¡Pobre Troilo! ¡Ojalá!

CRÉS.—Lo es.

PÁND.—Descalzo iría yo á la India con tal de que lo fuera.

CRÉS.—No es Héctor.

PÁND.—¡Su propia persona! No, no es su propia persona. Ojalá fuera su propia persona. Está bien. Los dioses están allá arriba. El tiempo lo arreglará ó lo des-arreglará todo. Está bien. Troilo. Está bien. Ojalá que mi corazón estuviese en el corazón de ella. No, Héctor no vale más que Troilo.

CRÉS.—Perdóname.

PÁND.—Tiene más edad.

CRÉS.—Perdona, perdona.

PÁND.—Aun no tiene su edad. Ya me contarás un cuento cuando el otro llegue á su edad. Héctor no tendrá el talento de Troilo dentro de un año....

CRÉS.—Ni le hará falta, si conserva el suyo.

PÁND.—Ni sus cualidades.

CRÉS.—¡Qué importa!

PÁND.—Ni su belleza.

CRÉS.—No le sentaría bien. La suya vale más.

PÁND.—No tienes juicio, sobrina. Helena misma aseguraba el otro día que como moreno, porque hay que confesar que lo es, aunque no muy moreno tampoco.....

CRÉS.—¡Ya! pero moreno.

PÁND.—Para decir verdad, moreno y no moreno.

CRÉS.—Para decir verdad, verdad y no verdad.

PÁND.—Celebró su color por cima del de Paris.

CRÉS.—Color, bastante tiene Paris.

PÁND.—Es verdad.

CRÉS.—Pues en ese caso Troilo tiene demasiado color, puesto que consideró que tenía más, teniendo Paris bastante. Considerar que tiene más, es alabanza harto ardorosa para color. Tanto valdría que Helena, con su pico de oro, hubiera celebrado á Troilo por su nariz color de cobre.

PÁND.—Te juro que creo que Helena lo quiere más que quiere á Paris.

CRÉS.—Pues entonces Griega alegre es.

PÁND.—Es más. Estoy de ello seguro. El otro día salió á su encuentro á la rotonda, y ya sabes tú que él no tiene sino tres ó cuatro pelos en la barba.

CRÉS.—Es verdad. Basta la aritmética de un tabernero para sacar allí la suma total.

PÁND.—Vaya. Es muy joven, pero levanta, con diferencia de tres libras, el mismo peso que levanta su hermano Héctor.

CRÉS.—¡Tan joven y ya levanta tanto!

PÁND.—Pero para probarte que Helena lo ama, vino y tocó con su blanca mano su barba partida.

CRÉS.—¡Válgame Juno! ¿Cómo se la partió?

PÁND.—¡Vaya! Ya sabes tú que tiene ahí un hoyuelo. Paréceme que se sonríe con más gracia que hombre alguno en Frigia.

CRÉS.—¡Oh! Se sonríe bravamente.

PÁND.—¿No es verdad que sí?

CRÉS.—¡Oh, sí, como nube de otoño!

PÁND.—Anda, anda. Pero para probarte que Helena ama á Troilo.....

CRÉS.—Para probarlo, debe probarlo Troilo.

PÁND.—¿Quién, Troilo? Se le importa ella lo que á mí un huevo huero.

CRÉS.—Si te agrada un huevo huero como una cabeza huera, querías comer pollos en el cascarón.

PÁND.—No puedo menos de reirme acordándome cómo le hacía cosquillas en la barba. Tiene una mano maravillosamente blanca. Fuerza es confesarlo.

CRÉS.—Sin necesidad de potro.

PÁND.—Y se le figuró que le había encontrado una cana en la barba.

CRÉS.—¡Pobre barba! Muchos lunares tienen más capital.

PÁND.—Pero ¡cuánto se rieron! La reina Hécuba rió hasta que sus ojos manaron....

CRÉS.—Ruedas de molino.

PÁND.—Y Casandra rió.

CRÉS.—¿Y había fuego más templado bajo el cazo de sus ojos? ¿No manaron también?

PÁND.—Y Héctor rió.

CRÉS.—¿Por qué tanta risa?

PÁND.—Pues á causa de la cana que había visto en la barba de Troilo.

CRÉS.—Si hubiera sido un pelo verde, yo hubiera reído también.

PÁND.—No se rieron tanto de la cana como de la discreta contestación que él dió.

CRÉS.—¿Cuál fué?

PÁND.—Dijo ella: «¡Tiene cincuenta y un pelos y una cana!»

CRÉS.—¿Esa fué la exclamación de ella?

PÁND.—Esa, no lo dudes. «Cincuenta y un pelos—dijo él—y una cana. Pues esa cana es mi padre, y los demás sus hijos.» «¡Válgame Júpiter!—dijo ella.—¿Cuál de esos pelos es mi marido Paris?» «El retorcido—dijo él;—arráncalo y dáselo.» ¡Cuánto rieron! Y Helena se sonrojó, y Paris se encolerizó, y los demás se rieron hasta pasar de la raya.

CRÉS.—Conque á dejar este asunto, que ya ha durado bastante.

PÁND.—Bueno, sobrina. Ayer te dije una cosa. Piensa en ello.

CRÉS.—Pienso.

PÁND.—Juraría que es verdad. Lloro por ti como si hubiera nacido en Abril.

CRÉS.—¡Voy á crecer con sus lágrimas como ortiga en el mes de Mayo!

(Suena un toque de retirada.)

PÁND.—¡Oye! Vuelven del campo. ¿Nos pondremos aquí para verlos pasar hacia Ilión? Anda, sobrina mía, querida sobrina Crésida.

CRÉS.—Como gustes.

PÁND.—Este, éste es buen sitio. Desde aquí los veremos bravamente. Te diré el nombre de todos cuando pasen; pero mira más á Troilo que á ningún otro.

CRÉS.—No hables tan recio.

Pasa ENEAS.

PÁND.—Ese es Eneas. ¿No es ése un valiente? Es una de las flores de Troya, yo te lo aseguro. Pero observa á Troilo. Pronto lo verás.

Pasa ANTENOR.

CRÉS.—¿Quién es ése?

PÁND.—Ese es Antenor. Tiene ingenio; lo aseguro. Es hombre que vale. Es uno de los hombres de mejor juicio de Troya, y de buena apariencia. ¿Cuándo viene Troilo? Luego te enseñaré á Troilo. Si me ve, verás cómo se ríe.

CRÉS.—¿Se ríe siempre que te ve?

Pasa HÉCTOR.

PÁND.—Ese es Héctor. Ese, ése. Miralo, ése. ¡Vaya un mozo! ¡Anda, anda, Héctor! ¡Ese es un valiente, sobrina! ¡Eh, valiente Héctor! ¡Mira qué apostural! ¡Ese sí que es porte! ¿No te parece un valiente?

CRÉS.—¡Oh, sí; un valiente!

PÁND.—¿No es verdad? ¡Lo reanima á uno! ¡Mira las abolladuras del casco! ¡Mira allí! ¿Lo ves? ¡Mira! No es broma. ¡Eso sí que es pegar, digan lo que quieran, como se suele decir! ¡Esas sí que son abolladuras!

CRÉS.—¿Con espadas?

PÁND.—Con espadas ó con cualquier cosa. A él no le importa. Aunque viniera el diablo mismo, para él es igual. ¡Voto va! ¡Lo reanima á uno! ¡Ahí viene Paris! ¡Ahí viene Paris!

Pasa PARIS.

Mira ahí, sobrina. ¿No es ése un gallardo mozo también? ¡Vaya! ¡Brava cosa es! ¿Quién dijo que volvía herido? No lo está. Esto tranquilizará á Helena. ¡Vaya! ¡Ojalá viera yo ahora á Troilo! Verás á Troilo en seguida.

Pasa HELENO.

CRÉS.—¿Quién es ése?

PÁND.—Ese es Heleno. ¿Adónde estará Troilo? Ese es Heleno. Me parece que no ha salido hoy. Ese es Heleno.

CRÉS.—Tío, ¿Heleno pelea?

PÁND.—¡Heleno! No. Sí, medianamente. ¿Dónde estará Troilo? Pon atención. ¿No oyes á la gente gritar «Troilo»? Heleno es un sacerdote.

CRÉS.—¿Quién es ese remolón que viene ahí?

Pasa TROILO.

PÁND.—¿Dónde? ¿Allí? Ese es Deifobo. ¡Es Troilo! ¡Ese sí que es un hombre, sobrina! ¡Digo! ¡Valiente Troilo! ¡El príncipe de la caballería!

CRÉS.—¡Cállate! ¡Qué vergüenza! ¡Cállate!

PÁND.—Obsérvalo. Toma nota. ¡Oh, valiente Troilo! Míralo bien, sobrina. Mira cuán teñida en sangre está su espada; y su casco más abollado que el de Héctor. ¡Y qué mirada, y qué manera de andar! ¡Oh, joven admirable! ¡No ha cumplido veintitrés años! ¡Anda, anda, Troilo! ¡Anda, anda! Si tuviera yo por hermana á una

de las tres Gracias, y por hija á una diosa, le dejaría escoger. ¡Oh, hombre admirable! ¿Paris? Paris es basura comparado con él. Y de seguro que Helena trocara á Paris por él, dando un ojo de la cara encima.

CRÉS.—Aquí vienen más.

(Pasan tropas.)

PÁND.—¡Jumentos, necios, estúpidos! Paja y afrecho. Paja y afrecho. Potaje tras carne. ¡Viviría y moriría mirándome en Troilo! No mires más, no mires más. Ya han pasado los águilas. ¡Cuervos y grajos! ¡Cuervos y grajos! ¡Mejor sería yo Troilo, que Agamenón y toda la Grecia!

CRÉS.—Entre los Griegos está Aquiles, hombre que vale más que Troilo.

PÁND.—¡Aquiles! Un ganapán, un cargador, un camello.

CRÉS.—¡Bueno, bueno!

PÁND.—¡Bueno, bueno! ¿No tienes discernimiento? ¿No tienes ojos? ¿Sabes lo que es un hombre? ¿No son la cuna, la belleza, la apostura, la elocuencia, la valentía, el saber, la dulzura, la virtud, la liberalidad y cosas tales del hombre la sal y las especias?

CRÉS.—Sí; de hombres especiales.

PÁND.—¡Qué mujer eres tú! No se puede saber en qué guardia estás.

CRÉS.—De espaldas, para defender mi pecho. De broma, para defender mis añagazas. Callada, para defender mi honra. Con antifaz, para defender mi cutis; y contigo, para defender todo esto. En todas estas guardias me pongo, y tengo mil estocadas.

PÁND.—¿Cuál es una?

CRÉS.—Una es para ti. Una de las mejores. Si no

me puedo guardar de alguna estocada, me puedo guardar de ti, para que no digas cómo he recibido el golpe á menos que no pueda ocultar la hinchazón, y en ese caso no vale la pena ponerse en guardia.

PÁND.—¡Vaya si eres tú mujer extraordinaria!

Entra el SIRVIENTE DE TROILO.

SIRV.—Señor, mi amo te quiere hablar inmediatamente.

PÁND.—¿En dónde?

SIRV.—En tu casa. Se está desarmando allí.

PÁND.—Buen rapaz, dile que allá voy. (Vase el Sirviente.) Temo que esté herido. Adiós, sobrina.

CRÉS.—Adiós, tío.

PÁND.—Seré contigo, sobrina, dentro de un rato.

CRÉS.—¿Para traerme, tío.....?

PÁND.—Sí, alguna prenda de parte de Troilo.

(Vase Pándaro.)

CRÉS. De que eres un tercero, prenda es ésa.
 Palabras, votos, lágrimas y dones,
 Cuanto al amor sacrificar es dado,
 Porque otros lucren, á mis pies depones.
 Pero mil veces más he contemplado,
 Pándaro, en Troilo yo, que en el espejo
 De tus encomios miro reflejado.
 Seducir, sin embargo, no me dejo;
 Que ángel es la mujer que se recata,
 Y lo obtenido pronto se hace viejo.
 Del gozo el alma el gozo mismo mata.
 Es necia quien lo ignora. Lo que ansía
 El hombre en más de lo que vale acata.

Mujer ninguna conceder podría
 Al amor satisfecho más dulzura
 Que al que el anhelo clamoroso guía.
 Surge, pues, esta máxima segura.
 Amo es quien logra, siervo el suplicante;
 Por tanto, aunque lo amare con ternura
 No asomará señal á mi semblante.

(Vase.)

ESCENA III.

El campamento griego. Ante la tienda de campaña de Agamenón.

Suenan trompetas. Entran AGAMENÓN, NÉSTOR, ULISES,
 MENELAO y otros.

AGAM. Príncipes, ¿por qué causa la ictericia
 Os tiñe el rostro? El galardón cumplido
 Que la esperanza ofrece á toda empresa
 Que aquí abajo se inicia, no se logra
 Nunca en su plenitud. Cuitas, desastres
 De nuestros actos en las venas crecen,
 Cual esos nudos que el contrario empuje
 De la savia en el pino sano forma,
 Sus fibras desuniendo, que, torcidas,
 De su primera dirección se apartan.
 Ni ha de asombraros, príncipes, tampoco,
 Que aún no esté nuestro objeto conseguido,
 Ni que, tras siete años de su asedio,
 De Troya las murallas aún resistan.
 No hubo empresa jamás que no se viese
 Por obstáculos varios y concausas,

Al realizarse, con su fin discorde:
Con la ideal imagen, á quien presta
Conjeturada forma el pensamiento.
¿Por qué, pues, contempláis avergonzados
Nuestros desastres, príncipes, y oprobios
Llamáis á los que son tan sólo pruebas
A que somete al hombre Jove excelso,
Para ver lo que vale su constancia?
De ese metal la ley no se descubre
Con el halago de la suerte, cuando
El cobarde, el audaz, el diestro, el torpe,
El docto, el ignorante, el fuerte, el débil,
Se clasifican todos como afines.

Se ve cuando con brío se desata
Su fuelle poderoso, separando
Lo que es de leve peso, y descubriendo
Lo consistente y sólido, que entonces,
Libre de escoria, en su pureza brilla.

NÉST. Con el respeto, Agamenón insigne,
Que corresponde á tu divino trono,
Sella, Néstor, tus últimas palabras.
Luchando con la suerte es como el hombre
Se probará mejor. El mar tranquilo,
¡Cuántos débiles buques no se lanzan
Sobre su seno plácido, y navegan
Al par de los más nobles!
Mas si Bóreas feroz encoleriza
A la tranquila Tetis, ved al punto
Cómo el bajel de sólidas cuadernas
Cabalga sobre líquidas montañas
Y entre ambos reinos húmedos galopa
Como el caballo de Perseo.—¿Dónde
Ahora veis al osado barquichuelo

Cuya armadura débil mal trabada
 Rivalizó con su grandeza há poco?
 Ó huyó á la rada, ó lo tragó Neptuno.
 De modo igual, lo que valor ostenta
 Y el valor verdadero se dividen,
 Rugiendo de la suerte la borrasca.
 Cuando del sol los rayos resplandecen,
 Tábanos y no tigres al rebaño
 Hacen sufrir. Mas si huracán bravío
 Dobla al nudoso roble las rodillas,
 El abrigo á buscar las moscas huyen;
 Pero entonces el ánimo valiente
 Con la ira, iracundo simpatiza,
 Y en clave igual, armónico su acento,
 Replica á la fortuna increpadora.

ULISES. Agamenón, oh tú, noble caudillo,
 Nervio y sostén de Grecia: de estas huestes
 Corazón, alma, espíritu, que alberga
 Los afanes y el ánimo de todos,
 A Ulises oye hablar. Aplaudo, apruebo—
 Oh tú, por posición y predominio,
 Potentísimo, y tú, tan respetable
 Por tu avanzada edad, vuestros discursos.
 El tuyo, Agamenón, debiera en bronce
 Griega mano esculpir en alto sitio.
 También el tuyo, Néstor venerable,
 Que has incrustado en plata, debería
 Con trabazón aérea, poderosa,
 Cual eje en torno al cual giran los cielos,
 Ligar de todo Griego los oídos
 A tu voz competente. Sin embargo,
 Aunque seáis tan grandes y discretos,
 Permiso os pide para hablar Ulises.

AGAM. Di, príncipe de Itaca. Confiamos
En que ni cosa inútil ni pequeña
Dividirá tus labios, cual creemos
Que ni música, ingenio ó profecía
Oiremos cuando el díscolo Tersites
Sus anchas fauces de mastín nos muestre.

ULISES. Troya, aún en pie, postrada ya estuviera
Y sin dueño la espada del gran Héctor
Si por esto no fuese.
Disciplinario régimen no existe;
De los Griegos las tiendas de campaña
Que se alzan, ahuecándose en el llano,
Otras tantas facciones representan:
Huecas todas también. Si quien es jefe
No es colmena á la cual los forrajeros
Todo entregan, ¿qué miel puede esperarse?
Las diferencias disfrazadas luce
Como el mejor, con máscara, el indigno.
La bóveda celeste, los planetas,
Y aun este centro, guardan jerarquías,
Prioridad, paso, proporción, constancia,
Sitio, función y forma, y todo en orden,
Y el glorioso planeta, Sol, por eso,
En su eminente esfera entronizado,
Entre los otros luce, y el influjo
Adverso del planeta desastroso,
Corrige con su vista bienhechora;
Y, como rey, sus órdenes envía,
Sin estorbo, al benéfico ó siniestro.
Mas cuando los planetas, en desorden,
Entremezclados giran, ¡cuántas plagas,
Cuántas monstruosidades, rebeldías,
Borrascas en el mar y terremotos,

Y huracanadas ráfagas y espantos,
Y mudanzas y horrores infinitos,
Dividen, y quebrantan, y destrozan,
Y arrancan de raíz y de su centro
La unión y la amistad de los Estados!
¡Oh! Si la disciplina se perturba,
Que de altos fines es la sola escala,
Caduca toda empresa. ¿Cómo pueden
Comunidades, hermandades, grados,
El comercio entre dos playas opuestas,
La primogenitura y sus derechos,
Las preeminencias de la edad, coronas
Y cetros y laureles mantenerse
Cuando no se respetan jerarquias?
Anuladlas. Destéplese esa cuerda,
Y ya veréis cuánta discordia surge.
Sin tino chocará cosa con cosa.
Los senos circunscritos de los mares
Hinchándose, las playas invadiendo,
Empaparán la redondez terrestre.
Del débil será dueño el vigoroso,
Dará á su padre muerte el hijo infame,
Y justicia será sólo la fuerza,
Ó más bien, la justicia y la injusticia
(Entre cuyas contiendas incesantes
La ley se asienta) perderán su nombre,
Como la ley también; y todo ello
Será violencia sólo, la violencia
La voluntad, la voluntad entonces
Apetito feroz, y el apetito
Un lobo universal, que secundado
Por esa voluntad y esa violencia,
Cual fiera devorando al universo,

Acabará también consigo mismo.
 Excelso Agamenón, cuando se ahogan
 Las jerarquías, síguese ese caos.
 Si se posponen, vase poco á poco,
 Al querer avanzar, retrocediendo.
 Al general desdeña quien se halla
 En inferior peldaño; quien le sigue
 A éste desdeña; á quien también desdeña
 Quien aún está más bajo; y poco á poco,
 Imitado el ejemplo del primero
 Que no acató á su jefe, se desata
 La fiebre perniciosa de la envidia,
 Sin color y sin sangre. Si de Troya
 Están los muros aún en pie, se debe
 A esta fiebre no más, y no á su esfuerzo.
 Y para terminar mi larga arenga,
 Mantiene á Troya enhiesta todavía
 Nuestro escaso vigor, no su energía.

NÉST. Con gran talento Ulises ha descrito
 La enfermedad que aflige á nuestras huestes.

AGAM. De nuestro mal la esencia conocida,
 ¿Cuál es su cura, Ulises?

ULISES. El gran Aquiles, á quien todos llaman
 De este ejército el nervio y diestra mano,
 Lleno de hueco encomio sus oídos,
 Se cuida de su fama en demasía,
 Y de nuestros proyectos hace mofa
 Recostado en su tienda; y en ocioso
 Lecho también, diciendo toscos chistes,
 Patroclo pasa el día,
 Y con torpes y necios ademanes,
 Que, difamando, imitaciones llama,
 Se burla de nosotros. Asumiendo

Tu egregia autoridad, algunas veces
Se pavonea cual actor que cifra
En recios corvejones su prestigio,
Y ama oír el diálogo estruendoso
De sus pies retorcidos con las tablas.
Y en forma tan violenta y lamentable
Tu carácter excelso parodia.
Como campanas discordantes suena
Su voz, y sus palabras ampulosas
Aun en la boca del feroz Tifeo
Hipérboles serían. Cuando escucha
Farsa tan vil ese buen mozo Aquiles,
Reclinado en su lecho, á carcajadas
Aplaude con pulmones anchurosos,
Y grita: «¡Bravo! Agamenón es ése,
A Néstor, vamos, representa ahora.
Tose, pues, y acariciate la barba
Como si fuera á echarnos un discurso.»
Como dos paralelas se aproximan
Se aproxima al modelo, y cual Vulcano
Se parece á su esposa, á él se parece;
Pero «¡Bravo!» repite el buen Aquiles;
«Néstor es ése, á no dudar. Patroclo
Representalo armándose, llamado
Por alarma nocturna»; y ¡vaya en gracia!
De una edad avanzada los achaques
En objeto de burla se convierten.
Patroclo tose, escupe, y con incierta
Mano su gola engancha y desengancha;
Y al ver la broma don Valiente, dice:
«Basta, Patroclo, ya. Férreas costillas
Dame, ó si no de hilaridad reviento.»
Para sus farsas nuestros hechos sirven,

Cualidades, carácter y figura,
 El don más escondido de cualquiera,
 Y los dones de todos, nuestros planes,
 Hazañas, prevenciones y mandatos,
 Arengas belicosas ó discursos
 Pidiendo treguas, triunfos y reveses;
 Lo mismo la verdad que la mentira.
 Nést. É imitando á ese par, á quien ensalza
 La opinión general con voz potente,
 Cual dice Ulises, muchos se inficionan.
 Ajax se ha vuelto ya voluntarioso;
 Lleva tan engallada la cabeza,
 Y camina con paso tan soberbio
 Como el audaz Aquiles. Retraido
 Cual él vive en su tienda de campaña,
 Y en facciosos banquetes satiriza
 Nuestro aparato bélico, incisivo
 Cual si fuese un oráculo, induciendo
 A Tersites, infame que calumnias
 Acuña con su hiel, á compararnos
 Con la inmundicia, y toda deficiencia
 Se escarnece y publica, circundados
 Estando de peligros inminentes.
 ULISES. Critican nuestra táctica, y la llaman
 Cobardía. No dan valor alguno
 En la guerra al saber, y con prejuicio
 Ven toda precaución, y sólo estiman
 Lo que hace el brazo. A la tranquila y sabia
 Facultad que establece cuántos brazos
 Deben el golpe dar y en qué momento,
 Y qué á fuerza de afanes y experiencia
 Averigua el poder del enemigo,
 Ni un ápice de mérito conceden.

Trabajos de entre sábanas la llaman,
 Cartografía, guerra de salones.
 El aríete, pues, que el muro abate
 Por causa de su peso y rudo empuje,
 Tienen en más estima que á la mano
 Que construye la máquina; que á esos
 Cuyas almas dotadas de agudeza,
 Al emplearlo, á la razón se atienen.

NÉST. Si esto aceptamos, el corcel de Aquiles
 De Tetis equivale á varios hijos.

Suena una trompeta.

AGAM. Un clarín. Oye, Menelao.

MEN. De Troya.

Entra ENEAS.

AGAM. ¿Delante de mi tienda qué pretendes?

ENEAS. ¿Del gran Agamenón la tienda es ésta?

AGAM. Es esta misma.

ENEAS. Este heraldo, que es príncipe, ¿podría
 Mensaje honrado dar al regio oído?

AGAM. Con más seguridad que armado Aquiles
 Ante griegos caudillos que proclaman
 A Agamenón su general en jefe.

ENEAS. Grande seguridad: noble permiso.
 ¿Cómo quien nunca vió su regio rostro
 Lo puede distinguir de otros mortales?

AGAM. ¿Cómo?

ENEAS. Sí tal. Lo digo, pues deseo
 Que mi veneración, cuando despierte,
 Ordene á mis mejillas un sonrojo
 Modesto como el alba cuando mira

Plácida al joven Febo.
 ¿Dónde está esa deidad en ejercicio
 Y de guerreros guía, el prepotente
 Excelso Agamenón?

AGAM. Este Troyano
 De mí se burla, ó deben ser en Troya
 Ceremoniosos cortesanos todos.

ENEAS. Cortesanos tan puros, tan süaves,
 Tan inermes cual ángeles sumisos.
 Así son en la paz, según es fama;
 Pero cuando pretenden ser soldados,
 Agallas, fuertes brazos, miembros rudos
 Y espadas buenas tienen, y cual nadie,
 ¡Gracias á Jove! corazón entero.
 Mas calla, Eneas; cállate, Troyano;
 Pon el dedo en tu labio. La valía
 De aquello que se elogia desaparece
 Si el elogio á uno mismo favorece.
 Lo que el contrario á su despecho aclama,
 Es lo que alcanza inmarcesible fama.

AGAM. ¿Es Eneas tu nombre, di, Troyano?

ENEAS. Ese es, Griego, mi nombre.

AGAM. Dí, ¿qué quieres?

ENEAS. Perdona. Agamenón debe escucharme.

AGAM. Ningún mensaje que de Troya venga
 Escuchará en privado.

ENEAS. Ni de Troya

Para decirle yo secretos vengo.
 Traigo un clarín para captar su oído,
 Para hacerle escuchar atentamente.
 Luego hablaré.

AGAM. Tan libre como el aire
 Habla, que Agamenón no duerme siesta.

Para que sepas tú que está velando,
Troyano, él te lo dice.

Eneas.

Trompetero,

A soplar con vigor. Tu voz de bronce
Penetre en esas tiendas perezosas,
Y todo Griego valeroso sepa
Que Troya en alta voz su intento dice.

(Suena la trompeta.)

Tenemos, noble Agamenón, en Troya
A un príncipe á quien nombran Héctor, hijo
De Príamo, que á causa de esta larga
Y monótona tregua se enmohece.
Me ordenó que un clarín me acompañase,
Y así hablar:—Reyes, Príncipes, señores,
Si se halla un noble entre los nobles griegos
Que aprecie en más su honor que su reposo;
Que estime lauros más que riesgos tema;
Que su valor, no su temor, conozca;
Que á su dama ame más que con palabras
Y falsos votos que en sus labios selle,
Y ante otro pecho proclamar osare
Su belleza y valer, oiga este reto:
«Héctor, en faz de Griegos y Troyanos
Probará con las fuerzas que tuviere
Que es su dama más fiel, bella y discreta
Que nunca Griego entre sus brazos tuvo;
Y su clarín anunciará mañana
Su presencia en un sitio equidistante
De vuestras tiendas y el troyano muro,
A fin de provocar á todo Griego
Que ame de veras. Si alguien se persona,
Héctor lo acatará. Si nadie llega,

Dirá, llegando á Troya, que quemadas
Del sol están las Griegas; que no valen
De lanza alguna ni una astilla. He dicho.»

AGAM. Nuestros amantes lo sabrán, Eneas.
Si en causa tal ninguno se moviese,
Los dejamos, sin duda, en casa á todos;
Pero todos aquí somos guerreros,
Y militar no es justo que se llame
Quien no amó, piense amar ó que no ame;
Si no hay quien ame, piense amar ó amara,
Con Héctor me veré yo cara á cara.

NÉST. De Néstor hablarás, quien ya era un hombre
Cuando el abuelo de Héctor mamaría.
Viejo estoy ya; mas si en las griegas huestes
No hay quien tenga partícula de fuego
Para honrar á su amor, di de mi parte
Que mi barba de plata tras visera
De oro yo teparé, y el brazo enjuto
Meteré en mi brazal é iré á encontrarle,
Y le diré que era mi dama hermosa
Más que su abuela, y casta cual ninguna.
Y á probarlo á ese joven me prevengo
Con las tres gotas que de sangre tengo.

ENEAS. No permitan los cielos tal pobreza
De juventud.

ULISES. Amén.

AGAM. Nobilísimo Eneas, ten mi mano
Y entra en mi pabellón. Ese mensaje
A Aquiles transmitir debo al momento.
Y á otros jefes y á todo el campamento.
Mas antes ven. Disfrutarás conmigo
De mi hospitalidad, noble enemigo

(Vanse todos, menos ULISES y NÉSTOR.)

ULISES. Néstor.

NÉST. ¿Qué dice Ulises?

ULISES. Que me bulle

Una idea en la mente. Tú de tiempo

Me servirás para que tome forma.

NÉST. ¿Qué es ello?

ULISES. Pues es esto. Romas cuñas

Parten tenaces nudos. La soberbia

En Aquiles granada á tanto grado

Llegó de madurez, que ya es preciso

Segarla, pues, si no, puede extenderse

Y criar un plantel de mala yerba

Que acabará cubriéndonos á todos.

NÉST. Bien; pero ¿cómo?

ULISES. Aunque en el reto ese

Que el intrépido Héctor nos envía

Nadie en particular está nombrado,

A Aquiles solamente se refiere.

NÉST. Tan evidente es ello como cuenta

Cuyo total pocos guarismos suma ;

Y cuando se publique—no lo dudes—

Aunque fuera de Aquiles el cerebro

Como la costa de la Libia estéril,

Y su esterilidad á Apolo consta,

Entenderá muy bien, y de seguida,

Que Héctor en ese reto lo señala.

ULISES. ¿Y se despertará, se te figura,

Y le dará respuesta?

NÉST. Ciertamente.

Y es preciso. ¿Quién otro sino Aquiles

Podrá con honra, di, luchar con Héctor?

Aunque se trate de cortés contienda,

Gran fama de la lucha se desprende.

En ella paladean los Troyanos
Lo que tenemos en mayor estima,
Con su más fino paladar; y, Ulises,
Créeme á mí, sujeto á ruda prueba
Queda con este acto caprichoso
Nuestra reputación, pues la victoria,
Aunque particular, será la muestra
De lo bueno y lo malo que tenemos.
Y semejantes índices consignan
Lo que grandes volúmenes contienen.
Es diminuta imagen de la masa
Gigantesca que allí se desarrolla.
Al que con Héctor lucho, se supone
Que es de nuestra elección; que fué elegido
Por el común consentimiento nuestro;
Que indicó la elección méritos suyos,
Que es lo que espuma del hervor de todos;
Déstilación de las virtudes nuestras.
Si fracasare, el enemigo, dime,
¿No adquirirá más méritos? Su fama
¿No quedará mejor establecida?
Y la opinión igual valor concede.
A los brazos no más que á arcos y á espadas
Que los brazos manejan.

ULISES. Perdona lo que tengo que decirte.
No debe Aquiles combatir con Héctor.
Debemos enseñar, cual mercaderes,
Primero las peores mercancías,
Para ver si quizás hallan mercado,
Y si no, la belleza de las otras
Aun mejor lucirá. Jamás permitas
Que Héctor y Aquiles á encontrarse salgan.
Se siguen dos funestas consecuencias

- A nuestro honor y á nuestro aprobio á un
- NÉST. No lo perciben mis ancianos ojos. [tiempo,
- ULISES. Si de Héctor honra alcanza nuestro Aquiles,
 Si orgulloso él no fuera, nuestra fuera;
 Mas su insolencia ya pasa de raya,
 Y es mejor que africano sol nos tueste
 Que la altivez y escarnio de sus ojos
 Si de Héctor se librase. Si es vencido,
 Padece en ese caso nuestra fama,
 Por fracasar nuestro mejor guerrero.
 Se debe echar á suertes, y arreglarlo
 De modo que á ese necio Ajax le toque
 Habérselas con Héctor. Convendremos
 En que es de entre los nuestros el más bravo.
 Y al gran rufián curemos de esa fiebre
 A que el aplauso universal le indujo;
 Y que agache esa cresta que orgulloso
 Lleva como si fuese el arco iris.
 Si el estúpido Ajax en bien saliere,
 De elogios lo adornamos. Si lo humillan,
 No se pierde opinión, porque se dice
 Que hombre mejor tenemos. Gane ó pierda,
 Con este plan de conseguir se trata
 Que Ajax de Aquiles el penacho abata.
- NÉST. Ahora á saborear ese proyecto,
 Príncipe Ulises. A probarlo al punto
 Darélo á Agamenón. A verle vamos
 En este instante mismo. Mutuamente
 Se deben amansar esos dos chuchos.
 A esos mastines, cual si hueso fuera,
 Que los azuce su arrogancia fiera.
-